

II Domingo del Tiempo Ordinario, ciclo A



· Jn. 1, 29-34 ·

En aquel tiempo, vio Juan el Bautista a Jesús, que venía hacia él, y exclamó: «Este es el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo he dicho: 'El que viene después de mí, tiene precedencia sobre mí, porque ya existía antes que yo'. Yo no lo conocía, pero he venido a bautizar con agua, para que él sea dado a conocer a Israel».

Entonces Juan dio este testimonio: «Vi al Espíritu descender del cielo en forma de paloma y posarse sobre él. Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: 'Aquel sobre quien veas que baja y se posa el Espíritu Santo, ése es el que ha de bautizar con el Espíritu Santo'. Pues bien, yo lo vi y doy testimonio de que éste es el Hijo de Dios».

UN TESTIMONIO INCESANTE DE SALVACIÓN

En plena conexión con el evangelio del Domingo pasado, el mensaje de la palabra de Dios que hoy hemos escuchado centra nuestra atención nuevamente en la relación que existe entre la figura de San Juan Bautista y la del Señor Jesús.

Gracias al relato del evangelista podemos contemplar a Juan el Bautista dando un testimonio claro y fuerte sobre Jesús, revelando anticipadamente su presencia como el Mesías esperado. Según una antigua tradición judía que tiene su base en la escritura, específicamente en el capítulo tres, versículos del veintitrés al veinticuatro, del libro del profeta Malaquías, la manifestación del Día de Yahvé y del Mesías prometido por Dios, estaba anticipada por la reaparición del profeta Elías quien vendría con una misión específica: Ser el último profeta, aquel que restablecería los senderos para la aparición del Mesías.

La profecía de Malaquías haya cabal cumplimiento en Juan el Bautista, porque él es Elías, aquel que sería enviado como un poderoso signo de la inauguración de los tiempos nuevos. De esto da cuenta el mismo Señor Jesús en el evangelio según san Mateo, capítulo diecisiete, versículos del once al trece: «Ciertamente, Elías ha de venir a restaurarlo todo. Os digo, sin embargo, que Elías vino ya, pero no le reconocieron (...) Entonces los discípulos entendieron que se refería a Juan el Bautista».

Juan no comenzó a bautizar por su propia iniciativa, es Dios mismo quien lo llama a hacerlo, ya que su vocación, su bautismo y su mensaje fueron suscitados en medio del pueblo de Israel con una sola finalidad: ser el prelude inmediato de la llegada del Señor. Para ejemplificar esto podríamos decir que si Juan el Bautista y Jesús fueran dos momentos en el "día de Yahvé", Juan sería como la aurora, y Jesús el mediodía.

En su testimonio a favor de Jesús como "el que había de venir", Juan encuentra la razón última de su presencia y misión, porque a partir de su testimonio, el mundo por fin ve inaugurado el ministerio mesiánico del Hijo de Dios, aquel que sería el manso cordero de Dios que quitaría el pecado del mundo con la ofrenda de su propia vida.

En este pasaje profético el Espíritu de Dios, el Espíritu Santo, toma un papel protagónico. Su descenso y permanencia sobre Jesús es la señal revelada a Juan para identificarlo como el Hijo de Dios. Es el Espíritu Santo quien confirma la voluntad salvífica del Padre y unge al Salvador del mundo, Él es quien actuará en el bautismo de los tiempos nuevos.

En la actualidad es también necesario seguir anunciando a Jesús y dando testimonio de su presencia y de su identidad al mundo. Esta tarea, ya no corresponde a Juan el Bautista, sino a todos aquellos que como Jesús, hemos sido consagrados por

el Espíritu Santo en el bautismo. Los testigos del Redentor, somos miles, o mejor dicho millones.

A pesar de la presencia de tanta violencia y maldad en el mundo, el testimonio de Cristo se realiza a cada momento sobre la tierra, prueba de ello son las conversiones a Dios que diariamente ocurren, la enorme cantidad de obras de caridad que existen y que tienen su origen en un anuncio reiterado de Jesús, la oración suscitada a cada momento por la fuerza del Espíritu, y la predicación incesante de la palabra de Dios en cada rincón de la tierra donde la Iglesia está presente. Definitivamente el testimonio cristiano se sigue dando y con ello la presencia y ministerio de salvación del Señor sigue en pie y no cesará.

Pidámosle a Dios nuestro Padre que nos otorgue cotidianamente la gracia del Espíritu Santo, para que la vida de cada uno de los que hemos sido bautizados se convierta en un signo claro de la presencia de Jesús, y que cada acción buena que realicemos –como aquellas realizadas por Juan el Bautista– sea “para que él sea dado a conocer” al mundo.

¡Alabado sea el nombre de Jesús!

Pbro. Eliezer Israel Sandoval Espinoza
Arquidiócesis de Monterrey, México
twitter: @padre_eliezer